

la justificación de su culto inmemorial se recurrió á Roma en solicitud de su beatificación, y confirmada por la sagrada Congregación de Ritos en 13 de setiembre de 1710 la sentencia del eminentísimo cardenal Clemente, vicario de la ciudad, en que declaró, que constaba de inmemorial el culto del beato, esceptuado de los decretos de Urbano VIII, lo aprobó así el papa Clemente XI en el día 29 de enero de 1711. Suplicó despues Fr. Bernardino de Nicea, procurador de todas las causas de beatificación y canonización del orden de los Menores, á la sagrada Congregación, que concediese permiso para que se celebrase el oficio del beato con rito doble en el día 18 de marzo, que fué el de su dichoso tránsito, no solo en todo el orden, sino en la ciudad de Caller, donde se venera su cuerpo, en el lugar de Sta. Columba donde nació, y en Horta de donde tomó el sobrenombre por el mucho tiempo que moró en aquel convento: y se concedió así por el papa Benedicto XIII, en el día 15 de julio del año 1724.

SAN EDUARDO, REY EN INGLATERRA.

No hay reino en toda la cristiandad que haya adorado tantos santos en su trono como el de Inglaterra, contando ya muchos S. Eduardo en su real casa, cuando nació á ser el mismo uno de los mas esclarecidos ornamentos de ella.

Fué nieto de Sta. Elgivia, hermano de Sta. Edita, tio paterno de S. Eduardo confesor, y vió la primera luz hácia el año de 962. Su padre el rey Edgar, apellidado el Pacifico, aunque con mayor propiedad se le pudiera llamar el conquistador, quiso se diese al príncipe una educacion en todo correspondiente, así á su religion, como á su real nacimiento. Fué bautizado por S. Duns-tano, arzobispo de Cantorbery, que no contento con haberle alcanzado del cielo aquella abundancia de bendiciones de dulzura con que le previno la divina gracia desde la misma cuna, quiso encargarse de su cristiana educacion.

La nobilísima índole del príncipe, y la feliz inclinacion que descubrió hácia la virtud desde sus primeros años, le ganaron desde luego el corazon de todos los ingleses. Y un aire majestuoso, un espíritu vivo, brillante, superior, unos modales apacibles, sosegados, siempre nobles, un corazon generoso y verdaderamente real, con una sólida virtud muy sobre la espectacion de su edad, le hicieron objeto de veneracion á toda la corte, y de admiracion á la Europa toda.

Admirabase principalmente en un príncipe tan jóven tanto amor á la religion; y en una edad que solo se gobierna por los



S. EDUARDO
REY DE INGLATERRA.

ímpetus del natural, tanta prudencia, sobre todo en medio de una floreciente corte donde reinaban la diversion y el placer. Pero Eduardo, no solamente conservó en ella la inocencia, sino que practicó las virtudes mas penitentes, sabiendo hallar el recogimiento y la soledad interior entre los ejercicios de mayor tumulto, y entre las halagüeñas distracciones de la mayor disipacion.

Tuvo el dolor de perder á la reina su madre, siendo de cinco á seis años. Llamábase Egelsleda, hija del duque de Ormer, uno de los mas poderosos principes de Inglaterra, y fué de las mas virtuosas princesas de su tiempo; siendo ilustres monumentos de su esclarecida piedad los monasterios que fundó, y las limosnas que hizo á los pobres. Tuvo gran cuidado de inspirar muy anticipadamente á su hijo aquellos grandes dictámenes de religion que desde luego se le empaparon en el alma; y logró el consuelo de ver los mas dulces frutos de esta piadosa simiente en el tierno príncipe Eduardo, cuando el Señor la retiró de este mundo.

Sintió vivamente Eduardo la pérdida de tan buena madre, llorándola con tanta amargura, que solo pudo consolar y reprimir sus lágrimas la consideracion de que en cierta manera parecian oponerse á las soberanas disposiciones de la divina Providencia. Pasó el rey su padre á celebrar terceras nupcias con Alfrida; y el príncipe Eduardo se portó tan cuerda y respetuosamente con la reina su madrastra, que no pudo resistirse á estimarle, aunque jamás se resolvió á quererle, por no poder tolerar su ambicion que se le considerase ya como á heredero presuntivo de la corona. Tuvo el rey en esta tercera mujer un hijo llamado Ethelredo; y admirando cada dia mas y mas la pureza de vida, la solidez del juicio y la estraordinaria prudencia de Eduardo, para prevenir las inquietudes que podrian sobrevenir á su fallecimiento, resolvió declararle sucesor suyo, y le hizo reconocer como tal por todos los grandes del reino.

Murió el rey el año de 975, y ascendió al trono nuestro Santo. Desde luego le reconocieron por su legítimo soberano los principales señores del reino, y se inundó de alegría la nacion inglesa, considerando que adoraba por monarca á un santo.

Quisiera Alfrida ver en el trono á su hijo Ethelredo, y con este ambicioso deseo indujo á algunos señores á que protestasen, y se opusiesen á la consagracion de Eduardo; pero S. Dunstano, primado del reino, á quien tocaba esta ceremonia, auxiliado de S. Oswaldo, arzobispo de Yorck, supo contenerlos y ponerlos en razon. Tomó en su mano la cruz arzobispal que solia llevar delante de él; metióse intrépidamente en medio de los

señores parciales de la reina madre; presentóles á Eduardo como á primogénito de su legítimo rey; trájoles á la memoria la declaración del monarca difunto; acordóles el solemne reconocimiento que ellos mismos habian hecho del derecho indisputable de aquel jóven principe; y á vista de toda la asamblea le consagró solemnemente, saliendo él mismo por fiador del acierto de su conducta; con cuya vigorosa accion sosegó los ánimos, y unió dichosamente los espiritus.

No tenia Eduardo á la sazón mas que doce años; pero suplía con ventajas la falta de edad la reputacion de su elevada virtud. Quizá hasta entonces no habia visto el mundo en un monarca tan niño, ni devocion mas ejemplar, ni modestia mas majestuosa, ni madurez de prudencia mas constante; sirviendo el trono para añadir mas brillante esplendor á su heroica santidad. Contribuyeron mucho los desvelos de S. Dunstano á formar aquel entendimiento naturalmente recto y culto, y á perfeccionar aquel purísimo corazon, que á solo Dios habia dado lugar desde que pudo conocerle.

Apenas se sentó en el trono cuando se aplicó enteramente á hacer que reinasen en toda su monarquía la justicia, las leyes y la religion. Amable á los buenos y terrible á los malos, corrigió valerosamente los abusos que se habian introducido en todos los estados, presumiendo de costumbre por una cobarde pernicioso tolerancia. Fué ardiente defensor de los privilegios y de las inmunidades de la Iglesia; y el clero anglicano encontró en el monarca jóven un verdadero padre.

El respeto que profesaba á todas las personas consagradas á Dios, pasaba de respeto, y se acercaba á veneracion. Su caridad, su ternura con los pobres era estrema. Acostumbraba decir, *que la mayor gloria de un principe era hacer felices á todos sus vasallos*. Todos los dias daba de comer en su palacio á un gran número de pobres; y considerando en ellos al mismo Jesucristo, no solamente los servia por su real persona, sino que los respetaba.

Nunca habia encontrado gusto en las diversiones, y así no le hallaba en otra cosa que en dedicarse á desempeñar las obligaciones de cristiano y de rey. Empleaba en la leccion de libros espirituales todo el tiempo que no estaba destinado á los negocios. No contento con observar escrupulosamente los ayunos de la Iglesia, mortificaba su delicado inocente cuerpo con penitencias tan crueles, que pudieran poner terror á los mas pecadores y mas robustos; siendo su devocion tan ejemplar, que en todo su reino nunca se le nombraba sino con el venerable distintivo de *nuestro santo rey*.

Habia dos años y medio que ocupaba Eduardo el trono de Inglaterra; florecia en sus estados la paz y la abundancia; sus vasallos rendian mil bendiciones al cielo por haberles concedido un monarca tan prudente y tan santo; y logrando la dulzura de su gobierno, se prometian una larga serie de prosperidades, cuando la ambicion de una mujer logró infelizmente cortarlas en sus mismos principios.

Cada día se le hacia mas insoportable á Alfrida, madrastra de Eduardo, que éste ocupase el trono real, en que deseaba con impaciente ansiosa vehemencia ver colocado á su hijo Ethelredo. A vista de la general estimacion que hacian todos de su santo rey, y del tierno amor que le profesaban, así los grandes del reino, como todo el pueblo, conocia bien que nada tenia que esperar por el camino de la rebelion. Y resuelta en todo trance la ambiciosísima princesa á desembarazarse del rey, determinó hacerlo por el mas enorme de todos los delitos, aprovechando para eso la primera ocasion, que por desgracia se la presentó presto.

Salía un día á caza Eduardo, y descubriendo desde léjos el castillo de Corfe en el condado de Dorset, donde á la sazón se hallaba la reina madre, se apartó disimuladamente de los que le acompañaban, y metiendo espuelas al caballo, corrió derecho á saludar á su madrastra, y dar un abrazo á su hermano Ethelredo, á quien amaba tiernamente. Supo la alevosa princesa que el Rey venia solo; salióle á recibir, y al mismo tiempo que le estaba hablando, uno de sus guardias ó de sus cortesanos le envainó un puñal en el pecho. Luego que se sintió herido el piadosísimo monarca, picó al caballo; pero á pocos pasos cayó en tierra, y levantando al cielo los ojos, dulcemente espiró. Cuando Alfrida vió muerto al rey, para ocultar, si pudiese, su delito, hizo meter el cadáver en una casa de campo que estaba allí cerca; mas apenas entró en ella el santo cuerpo, cuando recorrió la vista repentinamente una mujer ciega desde su nacimiento. No podia encubrirse un milagro tan público y tan patente; por lo que atemorizada Alfrida, inventando nuevos artificios, mandó conducir y arrojar el cadáver en una laguna pantanosa, sin que en un año entero se pudiese dar con él, hasta que se descubrió á favor de una milagrosa luz. Concurrió desde luego una prodigiosa multitud de pueblo á venerarle; y Alfer, principe de los marcianos, devotísimo del santo rey, convidó á un gran número de obispos, abades y señores del reino para asistir á la traslacion del santo cuerpo, rogando principalmente á Sta. Wilfrida, abadesa de Vinchester, en cuyo monasterio estaba

religiosa Sta. Edita, hermana de nuestro Santo, que no dejase de asistir á la solemne funcion con todas sus hijas. Hizose la traslacion con extraordinaria pompa, habiéndose encontrado el cuerpo del santo rey entero y fresco, y se colocó en el célebre monasterio de Schaftebury, fundado por el rey Elfredo, bisabuelo del Santo. Dos pobres hombres impedidos de todas sus miembros se hallaron perfecta y repentinamente sanos, habiendo tocado el féretro en que iba el santo cadáver, cuya noticia trajo á su sepulcro inmensa multitud de pueblo, no reconociéndosele desde entonces por otro nombre que por el de *el santo mártir*. Su hermano y sucesor Ethelredo estuvo inconsolable por su muerte, sin acertar á dejar de llorarla, sino para venerarle como á santo; y mandó edificar en honra suya una suntuosa iglesia y un monasterio de religiosas, que quiso se llamase el monasterio de Bredford. Todos los obispos del reino le dieron el título de mártir, por haber padecido muerte tan violenta, y por haberla honrado Dios desde luego con tantas maravillas. Elevaron de la tierra el santo cuerpo el año de 1001, para esponerle á la pública veneracion, fijando su fiesta el dia 18 de marzo, que fué el de su dichosa muerte. Se asegura tambien que Alfrida reconoció su pecado, llorándole amargamente todos los dias de su vida, y no perdonando á limosnas, oraciones y penitencias para dar plena satisfaccion á la divina Justicia.

SAN NARCISO, OBISPO Y MÁRTIR, DE GERONA.

DE donde fué natural S. Narciso, uno de los mas célebres prelados que florecieron en la Iglesia de España, hay variedad de opiniones; aunque el Breviario de Augusta (Augsburgo) en el principio de las lecciones de la festividad de este Santo, afirma espresamente que era natural de Gerona. Tales fueron y tan grandes sus prendas, que faltando prelado en Gerona, los católicos que entonces vivian en ella lo eligieron obispo de aquella ciudad. Suscitándose á poco la persecucion del emperador Diocleciano contra los cristianos, huyó S. Narciso de la persecucion del tirano, acompañándole un diácono suyo llamado Felix; y guiado del Señor se fué á Alemania, con el deseo de predicar allí el Evangelio. Habiendo llegado á Augusta, que es Augsburgo, perturbado de la persecucion que allí padecia tambien la Iglesia, acertó á entrar con su diácono en casa de una mujer ramera llamada Afra. Creyó ésta que los siervos de Dios eran hombres deshonestos y lascivos que habian ido allí para pecar; pero como les oyese rezar salmos y hacer oracion á Dios,

estrañando estas cosas que nunca habia visto, les preguntó qué era aquello; y luego que lo supo, y tambien como Narciso era obispo de los cristianos, se postró á sus pies, y le dijo: Gran pecadora soy, señor; no hay en toda la ciudad mujer peor que yo. Respondióle Narciso: Mi Salvador tocado por una mujer deshonesto, no recibió la mas leve mancha; antes bien su santidad la lavó y purificó de todos sus pecados. Las manchas de la pecadora no pudieron oscurecer el resplandor de Cristo, así como los rayos del sol sin daño ni menoscabo entran en los cenagales y muladares, puros vienen del cielo, y puros vuelven á él. Por tanto, hija, abre las puertas del corazon á la luz de la fe, para que limpia de todo pecado, puedas gozarte para siempre de mi venida. Replicóle Afra: Yo que he cometido mas pecados que cabellos tengo en la cabeza, ¿como podré ser de ellos purificada? Díjole Narciso: Ten fe, y recibe el bautismo, y serás salva. Entonces Afra reunió tres mujeres que con ella estaban, Digna, Eunomia y Eutropia, y les preguntó su parecer acerca de lo que decia el obispo. Respondieron ellas: Señora nuestra eres tú; te hemos seguido en la maldad, ¿qué razon habrá para que no te sigamos en pedir perdon? Con estas y otras pláticas santas llegó la noche, y el obispo y su diácono comenzaron á cantar y á hacer oracion, y fueron acompañadas en estos ejercicios de Afra y sus compañeras. Al dia siguiente luego que rastrearon los perseguidores que Narciso se habia refugiado en aquella casa, fueron allá y preguntaron á Afra: ¿Donde están los que entraron aqui anoche? Ella les dijo, que se habian ido á ofrecer sacrificio. Creyeron ellos que estarian en el capitolio ó en otro templo, y se fueron de allí. Pero quedóse uno de la comitiva y dijo: Yo conocí que los que vinieron aqui anoche eran cristianos, porque á cada instante hacian una señal de la cruz, donde murió Cristo, á quien ellos adoran. Respondió Afra: ¿A mi casa vendrian siendo cristianos? A mi casa solo vienen los que son como yo. Quedó éste sosegado con la respuesta de Afra, y ella buscó á Hilaria su madre, y le contó lo que le habia pasado con el santo obispo, y como á él y á su compañero tenia escondido entre unos haces de linó para que no cayesen en manos de sus perseguidores. Añadió tambien la promesa que le habia hecho de que si abrazaba la fe, serian perdonadas todas sus culpas. Hilaria llena de gozo convino en que los llevase á su casa, y aun se lo rogó. Luego que fué allá Narciso, se le postró Hilaria á los pies, y estuvo asida de ellos tres horas, y decia: Ruégote, señor, que me alcances el perdon de mis pecados. Díjole Narciso: Dichosa es tu fe, que antes que aprendieres

la palabra de la verdad, ya tenias arraigada en tu corazon la misma verdad, que apenas pueden entender los hombres por medio de la palabra. Y luego mandó que ayunasen siete dias, prometiéndoles que al octavo serian libres de todo pecado. Entre tanto estando Narciso en oracion para alcanzar de Dios la santificacion de aquella familia, se le apareció el demonio, y habló con él, y fué vencido por él y ahuyentado. Luego bautizó á Hilaria y á Afra su hija, y á todos sus domésticos y amigos, é hizo la casa de Hilaria templo de cristianos, y les dejó consagrado obispo á Zozimo, deudo de Afra: y al cabo de nueve meses volvió á Gerona su patria para hacer en ella lo que por especial disposicion de la Providencia habia hecho en Augusta. Tres años estuvo en Gerona ejercitando su caridad y edificando al pueblo con su santa vida, y alumbrándole con su doctrina, y ganando innumerables almas para Dios, con grande aprovechamiento y gozo de los cristianos, y pesar y rabia de los gentiles; los cuales finalmente le mataron, juntamente con su diácono S. Felix, estando diciendo misa en la misma iglesia ahora llamada S. Felix, que entonces era catedral, y en el mismo lugar donde ahora tiene su sagrado cuerpo, á fuerza de tres mortales heridas que le dieron en la garganta, en el hombro y en la cara. Tuvo lugar este martirio tal dia como hoy á principios del siglo iv.

Dieron los fieles sepultura al venerable cadáver de su ilustre obispo en la iglesia de Gerona; pero habiéndose perdido la memoria de la estancia de aquel precioso tesoro, con motivo de las guerras continuas que asolaban el país, ocupado tambien por los Arabes, se halló despues de muchos siglos integro é incorrupto el cuerpo del santo prelado, vestido de cilicio con un color natural, y las tres heridas dichas, como si estuvieran recientes, puesta la mano derecha en ademan de bendecir al pueblo: conforme hoy permanece depositado en un sepulcro magnifico.

La ciudad de Gerona tiene y reverencia como especial patrono á S. Narciso, por cuyos méritos é intercesion ha hecho nuestro Señor muchos y muy grandes milagros, y entre otros es memorable el que sucedió cuando Felipe, rey de Francia, hizo guerra á D. Pedro, rey de Aragon, y tomó la ciudad de Gerona; por que habiendo su gente robado el sepulcro de S. Narciso, salieron del mismo sepulcro innumerables enjambres de moscas y tábanos de color azul y verde con algunas listas rojas, que embistieron con la gente y caballos del rey francés, y los emponzoñaron de manera que á cuantos hombres y caballos mordian espiraban al momento: siendo tan considerable el estrago que hicieron en el

ejército, que apenas quedó de él una tercera parte, que huyó precipitadamente á Francia temerosa de su muerte: prodigio estupendo que aconteció en el mes de setiembre del año 1286, segun consta en el libro intitulado: Crónica de los reyes de Aragon, que se conserva en el archivo de Barcelona; y quedaron en proverbio: *Las moscas de S. Narciso.*

El papa Inocencio XI á instancia del rey Carlos II hizo estension del rezo del glorioso S. Narciso para todos los reinos de España. Y el concilio Tarraconense determinó, se guardase como fiesta principal el dia 29 de octubre, que es el del bendito Santo, para memoria eterna de su continua proteccion en todo el principado de Cataluña.

El Martirologio romano hace conmemoracion en dicho dia 29 de octubre de otro S. Narciso, obispo de Jerusalem, los cuales algunos confunden haciendo de los dos Narcisos uno solo. Indudablemente da motivo á esta equivocacion la circunstancia de celebrarse la fiesta del glorioso S. Narciso, obispo y mártir de Gerona, en el mismo dia 29 de octubre (aunque hace mención de él el Martirologio romano en tal dia como hoy) en que cae tambien la de S. Narciso, obispo de Jerusalem; pero la verdad es, que fueron dos: y no obsta el celebrarse la festividad de ambos en un mismo dia, como tampoco es argumento bastante, para creer que son diversos, el celebrarse en Augusta de nuestro S. Narciso á los 29 de octubre, y en Gerona á los 18 de marzo, y por nuevo decreto el mismo dia 29; pues que puede haber muchas causas de esta diversidad. (*Véase la vida del otro S. Narciso, obispo de Jerusalem, el dia 29 de octubre.*)

SAN FELIX, DIÁCONO DE SAN NARCISO DE GERONA,
MÁRTIR.

No se sabe de donde fué natural este glorioso mártir, aunque de creer es que fué de la misma patria del glorioso obispo S. Narciso, ó á lo menos que era catalan. Solo sabemos lo que se ha dicho en la historia de S. Narciso, esto es, que el santo obispo lo eligió por su diácono y compañero de sus trabajos apostólicos, y que le acompañó igualmente en el martirio, siendo muerto á cuchilladas por los mismos gentiles que acuchillaron á S. Narciso, en tal dia como hoy.

Este S. Felix, diácono de S. Narciso, suele confundirse tambien por algunos con el otro S. Felix de Gerona, cuya historia puede verse el dia 1.º de agosto.

La Misa es la propia del arcángel S. Gabriel: la oracion la que sigue:

O Dios, que elegiste al arcángel Gabriel entre todos los ángeles para que viniese á anunciar el misterio inefable de tu Encarnacion; concédenos, piadosísimo Señor, que los que celebramos su festividad en la tierra, esperitemos que nos patrocina desde el cielo. Tú que vives y reinas, etc.

La Epistola es del cap. 9 del profeta Daniel.

En aquellos dias: He aquí que el varon Gabriel, al cual desde el principio habia visto en la vision, volando súbitamente me tocó al tiempo del sacrificio vespertino. Y me enseñó, y me habló, y dijo: Daniel, ahora he venido para enseñarte, y para que entiendas. Desde el principio de tus plegarias salió la determinacion: Yo, pues, vine para manifestarte que eres varon de deseos: advierte, pues, mis palabras, y entiende la vision: Se han fijado setenta semanas para tu pueblo, y para tu ciudad santa, para que se finalice la prevaricacion, y tenga término el pecado, y se borre la iniquidad, y venga la justicia sempiterna, y tenga cumplimiento la vision y la profecia, y sea ungido el Santo de los santos. Sabe, pues, y está atento: Desde que salga el edicto para que Jerusalem vuelva á reedificarse hasta Cristo principe habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas: y la plaza se edificará otra vez, y tambien los muros en tiempo de angustia. Y despues de sesenta y dos semanas se matará al Cristo: y no será ya mas pueblo suyo, el que le negará. Y destruirá la ciudad, y el santuario un pueblo con un capitán que vendrá, y su fin será la devastacion, y despues que se acaba la guerra será establecida la desolacion.

REFLEXIONES.

Quando aun oraba y confesaba los pecados de mi pueblo. Aun perseveraba Daniel en sus oraciones y súplicas al Señor, cuando para hacerle saber por medio de un ángel que habian sido oidas y felizmente despachadas, se le dice que por ser un varon de deseos; que quiere decir, un hombre que pide, que solicita con instancia, que clama continuamente por el remedio de su pueblo, ha merecido ser oido, sin embargo de ser una cosa maravillosa y estupenda la que pedia. La fervorosa oracion y la hu-

milde confesion de sus pecados alcanzaron del Señor que le manifestase el misterio escondido que tanto deseaba el Profeta; y es una presuncion muy funesta el persuadirnos que nuestras frias y breves oraciones hayan de conseguirnos lo que pedimos al Señor, cuando no van acompañadas de una viva fe, de mucha perseverancia, y de un corazón verdaderamente humilde y abatido. Pedir á Dios un beneficio que no nos debe de justicia, y que antes bien cuantos nos hace son un efecto de su gran misericordia, y pedirlo con un corazón que está respirando iras, venganzas y enemistades, es en cierto modo insultar á su Majestad, es hacernos mas indignos de lo mismo que suplicamos, y es querer que Dios condescienda con nosotros, cuando no se dirige ni á nuestro bien espiritual, ni á la mayor gloria de Dios lo que pedimos.

El mismo Espiritu Santo nos dice, que recibiremos cuanto pidiéremos al Señor, con tal que se lo pidamos como conviene; pero que tengamos tambien entendido, que si no se nos concede, es señal de que lo pedimos mal ó indebidamente. Pero en tal caso fácilmente nos persuadimos á que Dios no quiere oirnos, si no nos concede al instante nuestras peticiones, y no reflexionamos que solo es culpa nuestra y demérito de nuestras tibias y poco devotas oraciones el que seamos desatendidos del Padre de las misericordias: ni tampoco nos persuadimos á que muchas veces es una gran misericordia del Señor el no condescender con lo que pedimos, pues nos seria efectivamente muy funesto lo mismo que suplicamos, si Dios en tales circunstancias nos hiciese el favor que deseamos. Dios sabe mejor que nosotros lo que en todas ocasiones nos conviene; y el diferir tal vez la concesion de nuestras súplicas, ó el no concedernos lo que le pedimos, es solo para nuestro bien, y para que no nos contentemos con pedir como quiera, sino que aprendamos á pedir con instancia, con continuacion, y sobre todo, con una humildad verdadera y con un corazón humilde, el cual siempre le oye Dios, como nos asegura el real profeta David: pidiendo así, podemos esperar con fundamento que seremos oidos del Señor, y que es mucho mas lo que el Señor puede concedernos, que lo que nosotros sabremos desear. Por lo cual todo nos utiliza cuando es conforme á la voluntad de Dios, y cuando no pensamos en modo alguno en que se haga nuestra voluntad, sino la de Dios. Esto es lo que puede animarnos en todos nuestros trabajos, y además en todas nuestras tribulaciones, cuales son todas las que podemos sufrir en esta vida. Es menester ignorar mucho para no conocer algo de lo que vale una felicidad eterna.

El Evangelio es del capítulo 4 de S. Lucas.

En aquel tiempo: Fué enviado por Dios el ángel Gabriel á una ciudad de Galilea, llamada Nazareth, á una virgen desposada con un varon, por nombre José, de la casa de David, y el nombre de la virgen era María. Y habiendo entrado el ángel á su presencia, la dijo: Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú entre las mujeres. La cual oyendo ella, se turbó á sus palabras; y pensaba qué suerte de salutación fuese esta. Y el ángel la dijo: No temas, María; porque has encontrado gracia delante de Dios: Mira, concebirás, y parirás un hijo, y le pondrás por nombre Jesus. Este será grande, y se llamará el Hijo del Altísimo: y le dará

el Señor Dios la silla de su padre David: y reinará sobre la casa de Jacob eternamente; y su reino no tendrá fin. Dijo María al ángel: ¿Cómo se ha de hacer esto, si yo no he conocido varon? Y respondiendo el ángel, la dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra. Y por esto también lo que ha de nacer de tí, que será santo, se llamará Hijo de Dios. Y mira, Isabel tu parienta también ha concebido en su vejez un hijo, y está ya en el sexto mes, la que se decía estéril: porque para Dios nada será imposible. Dijo, pues, María: He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra.

MEDITACION.

De la penitencia corporal.

PUNTO PRIMERO. — Considera, que la penitencia corporal, las mortificaciones del cuerpo no son una virtud precisamente de los desiertos, ni privativamente de los claustros: son frutos de penitencia, que brotan en todos los terrenos, y se dan en todas las estaciones. Todos traemos con nosotros mismos aquel cuerpo del pecado, que es menester destruir, crucificándole con Cristo. Nuestros sentidos todos están de inteligencia con el enemigo de nuestra salvación: ni uno hay, digámoslo así, que no nos sirva de ocasion de pecado, que no nos esté armando lazos: *Introdujose la muerte en nuestras casas*, dice el Profeta, *porque entró por las ventanas*. Desengañémonos, que no es posible conservar la inocencia sin la mortificación de los sentidos. Es menester macerar la carne con ayunos y con penitencias: es menester que la

circunspeccion y la modestia refrenen la licencia de los ojos, por los cuales se cuele hasta el alma el mas sutil veneno. En tocando el contagio á los sentidos, presto inficiona al corazon.

Nuestras pasiones son muy dignas de temerse; pero toda la fuerza que tienen la deben á nuestra inmortificación. Aliméntalas nuestra sensualidad, y nos hacen guerra con las mismas armas que las damos. Detestemos en buen hora sus perniciosos designios; hagamos mil propósitos y resoluciones: nada alcanza; el medio eficaz para debilitar este enemigo interior es domar la carne, mortificar los sentidos, hacer vida penitente. Si se derriba este cercado, ¿qué maravilla es que la viña esté espuesta á que la vendimien, la pisen, ó talen? *El que sustenta delicadamente á su esclavo*, dice el Sabio, *algun dia le verá levantar-se contra su amo*. Siempre se comunican al alma las disposiciones del cuerpo: búscase en todo la comodidad; tiénese una vida sensual y regalada; pásanse los mejores dias en ociosidad y entre delicias; nada se niega al antojo de los sentidos; se inventan refinamientos aun sobre la misma delicadeza; y despues de todo esto se querrá que la concupiscencia no hable palabra; que las pasiones estén sujetas á la razon; que no se sienta ni aun el calor, al mismo tiempo que voluntariamente se irrita el fuego por todas partes; esto es, que se pueda pasar ileso entre las llamas del horno de Babilonia. Contar con semejantes milagros, ¿no es querer atolondrarse para perderse con menos remordimiento? ¡Y despues de eso, Señor, me quejaré, me admiraré de mis flaquezas y de mis recaídas!

PUNTO SEGUNDO. — Considera si entre todos los Santos que son objeto de nuestra veneracion, proponiéndolos la Iglesia por ejemplo á nuestra imitacion, se halla siquiera uno que no hubiese mortificado sus sentidos, domado su carne, y hecho vida penitente. Los que nunca perdieron la inocencia, y los que fueron pecadores; los que vivian en medio del mundo, y los que estaban como sepultados en los desiertos; el humilde pastorcillo, y el pobre oficial, igualmente que los que mandaban y edificaban al mundo desde el trono; todos crucificaron su cuerpo, todos hicieron penitencia. El nombre solo de mortificación nos estremece: asústanos el ayuno y la abstinencia de cuaresma: ¡y no obstante eso pretendemos salvarnos! ¡Todos esperamos ser santos! ¿Puede haber confianza mas presuntuosa?

S. Eduardo fué jóven, fué rey; su vida fué siempre pura, siempre inocente; con todo eso este jóven, este inocente rey mortifica su carne, hace vida rigurosa y penitente. Pero hoy son pocos